

ARGENTINA: MUERTE DE OTRA DEMOCRACIA

Tras el general Onganía se encuentra el triunvirato formado por el almirante Benigno Varela, el comandante en Jefe del Ejército, teniente general Pascual A. Pistarini, y el comandante en Jefe de las Fuerzas Aéreas, Teodoro Alvarez. Ellos gobiernan ahora en Argentina desde la noche del pasado día 27 de junio.



DL coronel —luego general— Juan Domingo Perón ejerció una dictadura personal en la República Argentina durante diez años —desde mayo de 1946 hasta septiembre de 1955— y marcó profundamente el país. Mejoró notablemente el nivel de vida de las clases trabajadoras; lo hizo sin aplicar ningún nuevo sistema económico en el país. De esta demagogia salió una nueva conciencia de ascenso de los desfavorecidos y una rotura brutal de los recursos económicos de la nación. Cayó Perón, y los dos hechos históricos quedaron en pie. Desde entonces se han sucedido en el poder dos generales —Eduardo Lonardi y Pedro Aramburu— y tres presidentes civiles —Frondizi, Guido, Illia— sin conseguir restablecer la situación. En la madrugada del 27 al 28 de junio el Ejército argentino, de tradición «golpista», ha derribado el poder civil, ha anulado todas las manifestaciones democráticas —destitución del presidente y del vicepresidente, disolución de las Cámaras, purga de los poderes judiciales y de los gobernadores, y declaración de fuera de la ley de todos los partidos políticos— para elevar a la Presidencia de la República a uno de los suyos, al general Onganía. Tratan, dice la proclama, de «eliminar la falacia de una legalidad formal y estéril». Esta «falacia» fue la elección del Presidente Illia en julio de 1963 por 270 votos electorales, frente a Allende, con 82, y Aramburu, con 74. En marzo de 1965 el partido de Illia, la Unión Cívica Radical del Pueblo, ganaba la mayoría en la Cámara de los Diputados, que, hasta el momento de su disolución por los militares de Onganía, se repartía entre 70 diputados de la UCRP, 35 peronistas, 15 del Movimiento de Integración y Desarrollo y los demás, hasta 192, entre media docena de pequeños partidos. ¿Dónde está la falacia? La hubo, en efecto. Pero hay que remontarse unos años atrás. Las elecciones de marzo de 1962 fueron interrumpidas por otro «golpe» —el que hizo caer a Frondizi— antes de que se terminase el recuento de votos. Cuando se llevaba contabilizado un 80 por 100 resultó que iban ganando los peronistas —2.220.000 votos sobre algo menos de seis millones y medio—, lo cual no estaba en el programa del Ejército. En realidad, el «golpe» de Onganía tampoco iba esta vez dirigido contra la democracia de Illia, sino contra el resurgimiento de las masas peronistas al amparo de esa democracia. Hubiesen ganado, muy probablemente, las elecciones de 1967. Esto es lo que se trataba de evitar.

la sombra de perón

No es fácil definir al régimen de Perón a la luz de los patrones clásicos políticos. Fue algo menos que un ensayo de fascismo. Perón había sido un admirador de Mussolini; si hubiese llegado al poder antes, en la época del fascismo europeo, hubiese sin duda implantado un fascismo clá-

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

sico en la Argentina, donde no faltaba ese fermento y no falta aún. El Ejército se constituyó con instructores alemanes, y mantiene una tradición de clase dominante. Durante la segunda guerra mundial, Argentina fue el único gran país de América que se mantuvo neutral, y aún favorable discretamente al Eje; fue allí donde los grandes nazis encontraron refugio, y lo encuentran todavía —de allí raptaron a Eichmann los agentes del Estado de Israel—. Cuando Juan Domingo Perón inició la conquista del poder, a partir del «golpe» militar de junio de 1943 —generales Ramírez y Rawson— y más firmemente en la toma de poder del general Farrell —marzo de 1944—, con el que Perón fue vicepresidente, aún se podía suponer un triunfo del Eje. Cuando lo consiguió realmente, ya el Eje había sido derrotado y la Argentina le había declarado la guerra para poder ingresar en el mundo nuevo (aun así, le costó gran esfuerzo la entrada en la ONU). El fascismo de Perón se quedó sin definir como tal. Pero se quedó con la esencia. Para acudir a una comparación relativa, Perón estableció un «nasserismo», con la diferencia de que Nasser todavía no había nacido a la política. Perón fue un precursor del «nasserismo» y de los coroneles. Dejemos a Jacques Lambert («*Amérique Latine, structures sociales et institutions politiques*», PUF, Paris 1963) la descripción del régimen de Perón: «En ningún país las ventajas sociales concedidas al conjunto de los trabajadores urbanos han sido mayores, en ningún país han sido concedidas más arbitrariamente, con mayor indiferencia por las posibilidades económicas. La fantasía de una actriz, Evita Perón, dictó durante largo tiempo la distribución (de los bienes económicos). Con esta demagogia el peronismo ha ganado la fidelidad perdurable e incondicional de las masas urbanas, a excepción de las pequeñas minorías más instruidas que se mantuvieron fieles a los sindicatos libres. Pero la economía argentina ha sido tan completamente arruinada que la condición de los trabajadores argentinos que había sido, con mucho, la mejor de Hispanoamérica, quedará deteriorada durante mucho tiempo». En la forma, Perón respondió al culto de la personalidad y a las tradiciones fascistas: largos discursos, grandes retratos, nacionalismo a ultranza —enemigo acérrimo de los Estados Unidos, lo cual conectaba perfectamente con las masas, y liquidador de la influencia económica británica—, culto a la momia de Evita. Política dura, supresión de la libertad de prensa, persecución implacable de los enemigos del régimen. Su dictadura no alcanzó nunca los extremos que en otros países del continente —Trujillo, Batista...—, sin duda actuaba con un país de mejor nivel de vida, de menor número de analfabetos, de mayor educación política —las diferencias de la «América blanca», del triángulo Sur del continente, con la América mestiza, son muy impor-

SIGUE



del
todo
imprescindible

Por
la mañana
un toque
con el

Stick
DESODORANTE
MOUSSEL

LEGRAIN
PARIS

también en el perfume **ROYALE AMBREE**

tantes— y eso modificó también su dictadura. Pero el 16 de septiembre de 1956 el levantamiento militar, iniciado por la Marina, secundado por las clases medias, fortalecido por los católicos —Perón se declaró católico al principio de su gobierno, e implantó el catolicismo como religión de Estado; pero cayó en desgracia con la Iglesia al tratar de implantar el divorcio— y observado con la habitual indiferencia por sus seguidores —habitual, digo, por los casos que hemos presenciado después como el de Ben Bella o el de N'Krumah— acabó con Perón. No con el peronismo. A un régimen populista siguió un régimen conservador. A un halago continuo a las clases trabajadoras, un resurgimiento de las clases medias acomodadas y del capitalismo. A una dictadura, una «dictablanda», como se dijo una vez en España. Los obreros continuaron viendo en Perón, exilado en Madrid, el hombre que les había favorecido, que había elevado su condición. Huido Perón, comenzaba a vivir el peronismo.

el nuevo peronismo

Las elecciones de 1962 —queda dicho— frustraron las esperanzas de los peronistas. Las hubieran ganado; se las robaron. En media clandestinidad, obstaculizados por las llamadas «leyes de represión» que prohibían los partidos «totalitarios», los peronistas siguieron reconstruyéndose. Illia, y esto es indiscutible, ha tratado siempre de dar su voz política a todos los partidos y de vencer al peronismo por medios democráticos, y la ley «de represión» fue levantada por el Congreso —noviembre de 1964— aunque quedasen ciertas secuelas de censura. Esta nueva entrada en la vida pública fortaleció las esperanzas peronistas y veinte días después se inició la «Operación regreso»: Perón salía de Madrid dispuesto a regresar a su país y ponerse a la cabeza de sus fieles. Esperaba, sin duda, un levantamiento general en el país, y no lo hubo. Se ha especulado mucho con ese regreso. Se ha dicho que al anunciarlo previamente, al viajar en un avión de línea regular, Perón esperaba simplemente que le impidiesen continuar el viaje o le hiciesen regresar sin salir del aeropuerto. La peripecia ocurrió en Brasil, y el general volvió a Madrid sin pisar suelo argentino. Las declaraciones antiamericanas que hizo antes de salir, su declaración de que deseaba constituir en la Argentina una «tercera fuerza» —entre el comunismo castrista y el imperialismo de Estados Unidos— le privaban inmediatamente de toda esperanza. Tres meses después las elecciones de 1965 demostraban que la fuerza del peronismo seguía en pie. Poco



El régimen de Perón fue algo menos que un ensayo de fascismo. Poco a poco fue transformándose en un antecedente del régimen creado por Nasser en Egipto.



El general Juan Onganía, nuevo dictador de la Argentina, elevado hasta ese puesto por el golpe de Estado del general Pascual Pistarini. Onganía ha establecido una tregua con la C. G. T.

después comenzaba la «operación Isabelita»: la tercera y joven esposa del general acudió a la Argentina para dirigir el movimiento en nombre de su esposo. El peronismo se dividió un poco más, entre «isabelino» y «no isabelino». Hay un gran número de grupos peronistas: el «Movimiento revolucionario peronista», el «Movimiento del 22 de agosto», la «Juventud revolucionaria peronista», la «Tacuara»... Amparados todos ellos bajo el lema del «justicialismo», no todos pretenden los mismos objetivos. La lucha por los objetivos de los trabajadores proporciona una unidad circunstancial con el comunismo. O con los varios grupos comunistas y paracomunistas del país. Se trata de formar una «nueva izquierda». Los grupos «Vanguardia popular», «Movimiento de izquierda revolucionaria», «Socialismo de vanguardia», «Partido del trabajo», «Movimiento de liberación social», «Frente de acción popular», «Vanguardia revolucionaria», «El obrero» reparten su atracción entre el comunismo chino, el ortodoxo o simplemente el castrismo. La siempre enumeración de todos estos grupúsculos explica cuál ha sido la atomización de la izquierda argentina desde 1943 hasta nuestros días. Pero la posibilidad de que todos ellos fuesen a reunirse bajo el denominador común del «justicialismo» y aceptando, aunque sólo fuese provisionalmente, a Perón como aglutinante, ha lanzado a la acción a los militares.

el ejército golpista

La tradición intervencionista del Ejército en Hispanoamérica es una constante. En los últimos treinta años se han registrado en el continente unos cincuenta «golpes» militares. De ellos, cinco en la República Argentina. La cuestión se ha estudiado abundantemente y no se ha llegado a conocer las causas. Jorge N. Labanca, en su intervención en las Jornadas Iberoamericanas organizadas en Madrid por la Secretaría General del Movimiento, considera que hay dos clases de «golpes». Una es la pérdida de la autoridad civil, que provoca un vacío del poder —a este vacío han aludido los militares argentinos en su primer manifiesto—, el intento de continuar una conducción socio-política de la sociedad que ampara situaciones de irritante privilegio, con la consecuente fricción de otros sectores sociales. «En general, el sistema liberal-capitalista sufre una crisis aguda y en ese instante se provoca la ingerencia militar». La otra serie es de signo contrario. «En ellos la ocupación del poder civil se produce porque éste corre aceleradamente hacia un socialismo de Estado, con los consiguientes sobresaltos y convulsiones sociales. Mientras en los movimientos que antes consideramos hay una contención del sistema y, por tanto, una ubicación a la izquierda del mismo, aquí existe una oposición revolucionaria de la sociedad. Están a la derecha de la revolución». Leopoldo Lugones —argentino, poeta lírico, socialista romántico, suave librepensador— decía en 1925 que «El Ejército es la última sociedad jerarquizada que nos puede salvar de la disolución demagógica». Pero, ¿por qué está condenada Iberoamérica a la «disolución demagógica»? ¿Por qué no puede haber otras sociedades jerarquizadas que no sean exclusivamente las militares? Algunos historicistas explican que el problema permanente de este subcontinente consiste en un choque ideológico sin digerir, entre las concepciones religiosas, jerarquizadas, contrarreformistas implantadas por España y el espíritu de la Revolución francesa, que han formado una sociedad contradictoria. Otros aluden a la contradicción económica centrada en una frase de Humboldt: «un mendigo sentado en una mina de oro», para definir Hispanoamérica. Queda también una dramática explicación del propio Libertador, de Simón Bolívar: «No pudiendo nuestros pueblos soportar ni la libertad ni la esclavitud, mil revoluciones harán necesarias mil revoluciones». Teniendo en cuenta que esta frase fue pronunciada hace casi siglo y medio, su valor profético es valiosísimo. Pero no es explicativa. ¿Por qué esos pueblos no pueden soportar la libertad? Cabe la duda de que hayan tenido alguna vez libertad real. El colonialismo económico de los Estados Unidos, su influencia en todos los gobiernos del continente, la creciente distancia entre pobres y ricos, la demografía galopante, la explotación de las riquezas por clases privilegiadas, la continua influencia de políticas libertarias, son hechos que explican bastante el porqué de los movimientos hispanoamericanos. Los ejércitos, sea cual sea la clasificación que se haga de sus intervenciones, resuelven de momento una situación revolucionaria, evitan derramamientos de sangre, imponen su fuerza de un solo golpe. Pero no restauran la situación de fondo, que sigue siendo la misma.

onganía y el brasileñismo

El golpe de la semana pasada en Argentina se viene preparando desde lejos. No parece que fuese el verdadero deseo de los militares. Lo que trataban, en un principio, era de convencer a Illia para que fuese «menos democrático»: es decir, para que promulgase leyes que cortasen el paso al peronismo y en general a la «nueva izquierda». Illia se ha opuesto hasta el último momento. No ha cedido su poder civil hasta que no ha sido prácticamente puesto en la calle por los oficiales: cuentan los telegramas que estaba en la Casa Rosada, rodeado de su gobierno, y que todos ellos

cantaban el himno nacional mientras los militares les intimaban a marcharse. Se suele ver la comicidad de esas escenas; no se suele apreciar, en cambio, su verdadero valor cívico, su verdadera profundidad. El rito civil es siempre menos vistoso que el rito militar. Illia ha tenido que ceder, nadie se ha movido en su favor —repito, como es ya habitual— y Onganía ha ocupado el poder, ha disuelto las formas de la democracia, ha jurado su cargo. ¿Quién es Onganía? Es un «hombre fuerte», pero la opinión argentina le distingue de lo que llama «los gorilas», o sea, los elementos «ultra», los elementos de corte fascista, que hay también en el Ejército argentino. Tiene cincuenta y dos años y no es su primer «golpe»: participó en el de 1962 contra Frondizi, por las mismas causas que en éste, es decir, porque el presidente civil y democrático daba paso al justicialismo. Apareció como «protector» de Illia, pero le abandonó en 1965 (noviembre), en un momento en que las derechas esperaban que tomase el poder como consecuencia de su discrepancia política. Onganía, entonces, dio prueba de un cierto respeto al poder civil y se retiró de la vida pública. ¿Ha conspirado desde entonces? Hay dos versiones. Una, que desde entonces está preparando cuidadosamente con algunos de sus compañeros de armas el movimiento que ha producido ahora. Otra, que ha tratado de evitarlo y que, una vez en marcha, ha aceptado la situación, considerando que su indudable prestigio puede provocar la unidad en la República. La línea de su pensamiento no ofrece duda: es conservador, católico, derechista, proamericano. Su primera proclama reclama para su movimiento la inscripción en la línea «de occidente y de la cristiandad». El año pasado hizo por su cuenta un viaje a Brasil, a Uruguay y a Chile: trataba de fundar un «Frente Único» anticomunista. Parece que su estancia en el Brasil fue determinante. Allí presenció los resultados de la revolución que llevó al poder a un general «semiduro», a Castello Branco; impresionó Onganía en el Brasil como teórico de la guerra llamada «psicológica» o «antisubversiva», y se dejó impresionar por la nueva fórmula brasileña y por el apoyo que dicha fórmula recibió de los Estados Unidos. Parece ahora bastante claro que el intento de Onganía es el de la «brasilización» de la Argentina. Este paralelo tiene su cruz: al cabo de dos años, Brasil sigue inestable, su economía no se ha restaurado, la democracia no ha reaparecido y la revolución está latente.

revolución sin «marines»

Claro está que esta vez los Estados Unidos no han desembarcado sus «marines» en el Río de la Plata, no han alzado la opinión iberoamericana y mundial contra una revolución antidemocrática. Las defensas de las libertades tienen sus tendencias especiales en el Departamento de Estado. Los Estados Unidos han suspendido sus relaciones con el nuevo Gobierno de la República Argentina: cumplen así fielmente el artículo 26 de la conferencia de Río de Janeiro de 1965, y al mismo tiempo se deja un compás de espera para ver venir los acontecimientos. En cuanto el Gobierno de Onganía se establezca —y no cabe duda de que se estabilizará durante algún tiempo—, los Estados Unidos se apresurarán a reconocerlo y a continuar, y a incrementar, su ayuda económica. Los «marines» se quedarán para otra ocasión.

E. H. T.

(Fotos: CIFRA, KEYSTONE y ARCHIVO)